



# *El Pobrecito Hablador'' de Larra y su intención satírica*

José Escobar Arronis

## **I. «El pobrecito hablador», punto de partida** △▽

Larra publica el primer cuaderno del *Pobrecito Hablador* en agosto de 1832 y lo continúa sin período fijo hasta marzo del año siguiente en que aparece el número catorce y último: «Muerte del *Pobrecito Hablador*». Ya a finales de la ominosa década, se entrega de lleno a su nuevo puesto de redactor de la *Revista Española*. La serie del *Pobrecito Hablador* queda como punto de partida. Cuando en 1835 traza la trayectoria de los artículos que había publicado hasta entonces en diferentes periódicos y revistas, lo considera su primera obra en el género: «Con la publicación del *Pobrecito Hablador* empecé a cultivar este género arriesgado bajo el ministerio Calomarde; la *Revista Española* me abrió sus columnas en tiempo de Cea, y he escrito en el *Observador* durante Martínez de la Rosa» (I, 5)<sup>1</sup>.

En este recuento Larra no nombra al *Duende satírico del día*, también bajo el ministerio Colamarde. Publicado en 1828, había sido una primera intentona prematura y que acabó de mala manera<sup>2</sup>. El autor era todavía inexperto, y las circunstancias nada favorables. No estaban los tiempos, en plena ominosa década, para artículos de sátira social. Sin embargo, ya podía verse que era en este género donde había de hallar cauce definitivo su talento de escritor.

Para empezar, tanto en el *Duende* primerizo como en el *Hablador*, Larra continúa una corriente literaria que desde mediados del siglo XVIII había ido configurándose en España en revistas del tipo del *Duende especulativo sobre la vida civil*, de Juan Antonio

Mercadal; *El Pensador*, de Clavijo y Fajardo; *El Censor*, de Cañuelo. Su origen se halla en la boga que por toda Europa habían alcanzado numerosas publicaciones de la misma especie, estimuladas por el éxito del *Spectator* en Inglaterra. Durante la segunda mitad del siglo XVIII, en estas revistas hallaron los ilustrados españoles un medio para difundir las luces y expresar su «espíritu de reforma». En ellas el redactor suele adoptar una personalidad característica de su espíritu observador y crítico, y un seudónimo significativo acorde con tal carácter. Desde la perspectiva -distanciada e interesada al mismo tiempo- de este personaje ficticio que hace de autor, se insertan artículos en una serie hilvanada con la intención constante de observar críticamente la sociedad actual en sus diferentes aspectos, pero sin ajustarse a un plan fijo en la elección y el tratamiento de los temas: costumbres, creencias, manías de la gente, espectáculos y diversiones públicas, lugares de reunión, literatura, enseñanza, etc. A través de estos antecedentes nacionales, llega al *Duende satírico* y al *Pobrecito Hablador* la manía utilizada como recurso literario de fisgonear, de meterse allí donde ve gente apiñada, pero sin que el observador apenas abra la boca, dejando para luego y para sus lectores el resultado de sus observaciones. Al comunicarlas, lo hace con un estilo ligero y un tonillo socarrón de decir las cosas, intencionado y moralizador.

Al empezar a publicar siguiendo estos antecedentes, Larra trae una intención bien definida: la crítica de la sociedad. En el artículo introductorio del *Duende satírico del día*, el librero le propone al *Duende* la pauta de su quehacer literario: «Los abusos, las ridiculeces; en una palabra, lo mucho que hay que criticar» (I, 7. <sup>a</sup>). El *Pobrecito Hablador* viene a reanudar con éxito los intentos de su predecesor.

## II. «El Pobrecito Hablador», revista de costumbres



### 1. Costumbrismo crítico



La actitud crítica del *Pobrecito Hablador* aparece anunciada en la portada de sus cuadernos: *Revista satírica de costumbres, &c., &c.* El asunto principal de la nueva revista va a ser las costumbres observadas con mirada satírica. Las costumbres según las entiende Larra, es decir, la consideración del hombre español en relación con la sociedad de su tiempo, viviendo en la España del ministerio Calomarde. Para Larra el objeto de la literatura de costumbres consiste en considerar «al hombre en combinación, en juego con las nuevas y especiales formas de la sociedad», según ha de decir en sus comentarios al *Panorama matritense*, de Mesonero Romanos (II, 239b). Observa José F. Montesinos que en Larra «hay una repulsa de la literatura de costumbres superficial, insustancial, toda entregada a la descripción de cosas efímeras y sin interés. Está claro que lo que cuenta para Larra es el estudio del hombre y de la sociedad, y así, al hacer historia, todo se le vuelve costumbrismo»<sup>3</sup>. Los paseos, los bailes de carnaval, las fondas, los convites, las casas, las modas, los coches y las diligencias, etc., etc., expresan -como la literatura y la política- la condición moral de una sociedad, su grado de progreso y libertad. Comentando la inauguración de unos jardines públicos

madrileños, en el verano de 1834, Larra quiere ver en las costumbres nacionales el modo colectivo «de ver y de vivir» en libertad<sup>4</sup>. Con razón ha podido decir Juan Marichal que «"las costumbres" en Larra equivalen con frecuencia a "forma de vida nacional"»<sup>5</sup>.

Desde esta perspectiva, el escritor de costumbres aparece preocupado por la interpretación crítica de la realidad social. Considera la sociedad como problema y no como modelo que se observa para reproducirlo. Al no pretender copiar simplemente los objetos de la realidad, sino interpretarla críticamente, el propósito de observar y reproducir lo pintoresco -propósito característico de tantos costumbristas- no es necesariamente lo que origina el proceso literario de nuestro autor. La observación costumbrista del *Pobrecito Hablador* es análisis y entraña preocupación<sup>6</sup>. Instrumento crítico, no descripción colorista de la sociedad.

## 2. El costumbrismo al uso



Al aparecer el *Pobrecito Hablador*, el artículo de costumbres es un género que está imponiéndose definitivamente en los periódicos y revistas de aquellos años. Si en el *Duende satírico*, el costumbrismo había aparecido sólo esporádicamente, como un elemento más de la crítica social y en una forma todavía ligada a la que era común en las publicaciones de la especie desde mediados del siglo anterior, en la nueva revista adopta la forma que en Francia había puesto de moda Jouy y que en los últimos años había ido aclimatándose en España, sobre todo por medio de los periódicos de José María de Carnerero, principal promotor de empresas periodísticas en los últimos años del absolutismo. El *Observador*, en el *Correo literario y mercantil*, el *Solitario* y el *Curioso Parlante*, en las *Cartas españolas*, representan este proceso de aclimatación al que pronto se une por su cuenta el *Pobrecito Hablador*<sup>7</sup>.

Como es sabido, Mesonero Romanos, obsesionado por la sombra de Larra, se esfuerza una y otra vez en hacer que se reconozcan sus derechos de iniciador y en destacar las diferencias entre el *Pobrecito Hablador* y los artículos que por entonces él venía publicando en las *Cartas españolas*<sup>8</sup>. El *Curioso Parlante* adopta inicialmente no sólo la forma, sino también la perspectiva de Jouy<sup>9</sup>, trasladada -claro está- al contorno madrileño. Un diferente concepto de la literatura y de su función separa en efecto a Larra de Mesonero Romanos y del escritor francés que a ambos sirve de modelo. Pero por fundamentales que sean las diferencias no cabe duda de que en parte del *Pobrecito Hablador*, para componer la revista, Larra se propone cultivar el mismo género que *L'Hermite* y que el *Curioso Parlante*.

Ya el primer artículo del *Pobrecito Hablador* es toda una declaración de que pretende seguir este camino: «¿Quién es el público y dónde se encuentra? Artículo mutilado, o sea refundido. *Hermite de la Chaussée D'Antin*». En la introducción a «El casarse pronto y mal» (núm. 7) señala los hitos más significativos en el desarrollo del género tal como ha llegado hasta él, yendo de lo más próximo a lo más lejano: «vamos al artículo de hoy, que será de costumbres, por más que confesemos también no tener para este género el buen talento del *Curioso Parlante*, ni la chispa de Jouy, ni el profundo conocimiento de Addison» (I, 108a). Está claro; Larra se propone escribir un

artículo de costumbres como los que por entonces publica el *Curioso Parlante* en los periódicos de Carnerero. Es decir, según la fórmula ligera y chispeante elaborada por Jouy, procedente, en sus orígenes ya lejanos, del profundo ensayismo de Addison. Era un costumbrismo reducido a *moeurs locales* en el escritor francés y a *usos y costumbres* en el colaborador español de las *Cartas españolas*<sup>10</sup>.

Pero al adoptar esta fórmula, la intención del *Pobrecito Hablador* es muy otra -ya sabemos-, más allá de los «usos y costumbres». Los procedimientos convencionales fijados por la preceptiva del nuevo género adquieren en la pluma de Larra la eficacia necesaria para configurar sus ideas sobre el hombre y la sociedad de su tiempo y de su país. Según estos procedimientos, unas reflexiones iniciales suelen servir de introducción. Un encuentro con un amigo o con un sobrino -los costumbristas siempre tienen un sobrino del que echar mano- le interrumpe las reflexiones y le da ocasión para referir la anécdota cargada de intención crítica y moral. Por ejemplo, en «Vuelva usted mañana» el autor está meditando sobre la pereza, cuando se le presenta un amigo extranjero que le va a dar ocasión para comprobar los males de este vicio en la sociedad española. Recordemos también el comienzo del «Castellano viejo» o de «Empeños y desempeños» o de «El mundo todo es máscaras». «Andábame días pasados por esas calles a buscar materiales para mis artículos. Embebido en mis pensamientos...». «En prensa tenía yo mi imaginación no ha muchas mañanas, buscando un tema nuevo...». «No hace muchas noches que me hallaba encerrado en mi cuarto y entregado a profundas meditaciones filosóficas, nacidas de la dificultad de escribir diariamente para el público». Las anécdotas suelen tener una contextura más o menos narrativa en las que se encajan situaciones grotescas, personajes ridículos por medio de los cuales la intencionada deformación de la caricatura sugiere implicaciones encaminadas a una crítica de la realidad circundante desde una perspectiva moral y una intención de reforma social: «...no son las costumbres el último ni el menos importante objeto de las reformas» (II, 25.<sup>a</sup>), ha de decir *Fígaro* para justificar la publicación de sus artículos costumbristas.

### 3. Ensayo y artículo de costumbres

△▽

Refiriéndose a *Fígaro*, sucesor inmediato del *Pobrecito Hablador* en las transformaciones onomásticas del crítico<sup>11</sup>, expresa así la génesis de su quehacer literario: «Cuando una incomprensible comezón de escribir me puso por primera vez la pluma en la mano para hilvanar en forma de discurso mis ideas, el teatro se ofreció primer blanco a los tiros de ésta que han calificado muchos de mordaz maledicencia... Del llamado teatro, sin duda por antonomasia, dejéme suavemente deslizar al verdadero teatro; a esa muchedumbre en continuo movimiento...» (II, 64a). El que empezara por el teatro y pasara luego a las costumbres y más tarde a la política se debía a causas circunstanciales dependientes del plan de redacción del periódico en que entonces estaba empleado. Ya sabemos que su reconocido punto de partida era el *Pobrecito Hablador*, y por eso en otra ocasión pudo decir: «Cuando empecé la difícil carrera de escritor, empecé con artículos de costumbres» (IV 336a-b). En realidad fueron las costumbres el «primer blanco» de sus maledicencias o habladurías. Lo que nos interesa en este texto de *Fígaro* para el estudio del *Pobrecito Hablador* no es tanto que un tema precediera a otro, sino la unidad intencional que expresa en cuanto a la variedad y la

clasificación temática de sus artículos. Los asuntos -costumbres, teatro, política, literatura- están considerados en función de una motivación originaria: «hilvanar en forma de discurso mis ideas». Por otra parte, ya en la introducción al *Pobrecito Hablador* había declarado también su método discursivo: «Emitir nuestras ideas tales cuales se nos ocurran, o las de los otros tales cuales las encontremos para divertir al público en folletos sueltos, de poco volumen y de menos precio» (I, 71). Según esto, la estructura de los artículos responde a un deseo de discurrir libremente en poco espacio con una unidad intencional. El carácter de la publicación ofrecía una capacidad miscelánea para tratar de esto y aquello en un mismo número o a lo largo de la serie. El procedimiento era lo suficientemente flexible para plasmar el objeto que Larra se había propuesto alcanzar como escritor en la trayectoria iniciada por el *Duende* y continuada en el *Hablador*: la exposición de sus propias opiniones y las ajenas según se le fueran ocurriendo o las fuera adoptando. Y al empezar el séptimo cuaderno de su revista satírica advierte: «Habrà observado el lector, si es que nos ha leído, que ni seguimos ningún método, ni observamos orden, ni hacemos sino saltar de una materia a otra como aquel que no entiende de ninguna, cuándo en mala prosa, cuándo en versos duros, ya denunciando a la pública indignación necios y viciosos, ya afectando con conocimiento del mundo en aplicaciones frías e insípidas» (I, 106a). Prescindiendo de las expresiones de modestia, el plan aquí expuesto corresponde a la composición de la revista y a la forma de los artículos que van de la sátira a la expresión de las ideas en forma de discurso.

El alcance de los artículos de Larra no consiste tanto en la pintura de las costumbres tomadas del natural como en sus implicaciones (sus «aplicaciones frías e insípidas»), es decir, en lo que da a entender sobre las opiniones del escritor que trasciende de la anécdota. Son anécdotas ejemplares para el que sepa entender.

Parece, en efecto, como si Larra tuviera en la mente la forma discursiva del ensayo, pero que la forma figurada del costumbrismo se le impusiera por las exigencias de divertir requeridas para la difusión de sus ideas en un periódico<sup>12</sup>. Este doble plano aparece manifiesto en este séptimo cuaderno a que acabamos de referirnos, con el artículo «El casarse pronto y mal», incluido en él y clasificado por el mismo autor en el género del artículo de costumbres al uso. Invocando a los patronos del género, nos da una muestra explícita de la diferente intención literaria de nuestro autor al adoptar la fórmula consagrada.

Larra considera su artículo como anécdota -«triste anécdota»- según los cánones del género. Lo que constituye el cuerpo del artículo es la «pequeña trama dramática, la corta invención verosímil», para emplear las propias palabras de Larra cuando los artículos de Mesonero Romanos (II, 243b). Quizá por ser éste el artículo del *Pobrecito Hablador* más ceñido a una forma narrativa, con pocas divagaciones, le pareció que su pensamiento no quedaba bastante explícito y añadió al final las reflexiones que habían motivado la ficción anecdótica. Después de referir, como caso ejemplar, lo que le había sucedido a su sobrino, nos ofrece el autor la versión discursiva del caso, es decir, de lo que ha querido representar figuradamente en el artículo de costumbres propiamente dicho<sup>13</sup>.

En este cuaderno del *Pobrecito Hablador* queda claro que la intención del autor excede de la escena costumbrista en que ha configurado sus ideas. El escritor costumbrista participa vitalmente en el problema representado por la anécdota del

cuadro, imponiendo su propia actitud existencial, más reveladora del auténtico autobiografismo de Larra que la mera correspondencia anecdótica de lo narrado con la vida del autor.

Los comentarios a «El casarse pronto y mal» ponen de manifiesto que lo que constituye el artículo de costumbres -la anécdota- no es el resultado de la simple observación, sino del análisis, de la interpretación de la realidad. En este caso, lo que el autor piensa y siente no cabe en los límites reducidos del artículo de costumbres. El proceso de reflexión discursiva y la intensidad emocional desbordan el molde buscando la forma propia del ensayo que permita emitir libremente las ideas y preocupaciones del autor. El costumbrista deja correr la pluma con libertad para expresar su posición personal, subjetiva y crítica, ante el problema. De este modo, como apéndice al artículo de costumbres, se nos ofrece en forma de ensayo uno de los textos más interesantes del *Pobrecito Hablador* en cuanto se refiere a la exposición de su concepto sobre la realidad nacional. Plantea las causas histórico-sociales que explican sus íntimos sentimientos en pugna con la sociedad en torno, con «esa inmensa mayoría que se sentó hace tres siglos» (I, 113a).

#### 4. Otra forma de costumbrismo



Pero el costumbrismo del *Pobrecito Hablador* no se limita a estos artículos cortados según el patrón de Jouy. No es únicamente que en ellos supere la pintura circunstancial de costumbres a la manera del modelo. Es que la fórmula no le basta. Se ha dicho que Larra no es propiamente un escritor costumbrista. También se podría decir que su tema constante son las costumbres. Escriba artículos costumbristas, de crítica literaria y teatral o de política, el aspecto moral y social es lo que importa, el hombre y la sociedad.

Para avanzar lo más posible en la caricatura del sistema social y político, el costumbrismo crítico del *Pobrecito Hablador* aparece también en artículos -las cartas del Bachiller Juan Pérez de Munguía y Andrés Niporesas- que no se adaptan a la fórmula consagrada por Jouy. Larra considera en efecto estas cartas como literatura costumbrista: «Sólo hacemos pinturas de costumbres, no retratos», advierte en la nota a pie de página de uno de estos artículos epistolares (I, 130a, n. 1). Pero los elementos costumbristas aquí utilizados por el *Pobrecito Hablador* no llegan a configurar el artículo realmente en cuadro o escena de costumbres. Las cartas del *Pobrecito Hablador* son más bien comentarios irónicos sobre la situación presente del país -del país de las Batuecas- según una modalidad de artículos epistolares que otro «pobrecito», el *Pobrecito Holgazán*, había popularizado en el trienio liberal con intención de ejercer la sátira política contra el antiguo régimen. Luego hablaremos de esto.

### III. «El Pobrecito Hablador», revista satírica △▽

△▽

#### 1. Responsabilidad satírica. Inconformismo y política

Este modo de concebir la literatura de costumbres está ligado fundamentalmente con el carácter satírico de la revista. El subtítulo del *Pobrecito Hablador*, además de indicar que era una revista de costumbres con todas las reticencias que pudieran dar a pensar los «etcéteras», anunciaba también que se trataba de una revista satírica. Si el asunto principal iban a ser las costumbres -la realidad social-, el procedimiento literario sería la sátira. Teniendo esto en cuenta, veremos más claro lo que hemos adelantado en el apartado anterior.

El alcance de la revista y, por tanto, de su costumbrismo, depende de la sátira, de la intención satírica. Mientras otros escritores de costumbres rechazan explícitamente esta intención, Larra en su nueva revista, como había hecho ya en el título del *Duende satírico del día*, acepta personalmente la responsabilidad literaria y moral de la sátira: «Adoptamos con gusto -declara en la introducción- toda la responsabilidad del epíteto *satíricos* que nos hemos echado encima» (I, 71). Por consiguiente, para comprender la función de su quehacer literario tendremos que averiguar en qué consiste la naturaleza de tal responsabilidad.

La sátira del *Pobrecito Hablador* es la expresión de un inconformismo fundamental que le hace exclamar: «Por todos lados adonde nos volvamos para marchar, encontramos con la pared» (I, 102a). En 1832 lo que trae de nuevo la revista de Larra es el carácter inconformista entrañado en su visión satírica de la realidad que separa al *Pobrecito Hablador* de las *Cartas españolas*, como había separado al *Duende del Correo*. A Carnerero -bien avenido con la bonachonería a lo Jouy, poco comprometedor, de su redactor Mesonero Romanos- no podía gustarle la actitud agresiva del nuevo costumbrista. Apenas sale el primer número le reprocha: «Todo es para él inmundado y sucio». Y del segundo cuaderno dice: «Santos deben ser estos hombres tan rígidos y regañones, a quienes nada parece bien, que de todo tienen que murmurar, y que sin duda quisieran fabricarse un mundo ideal y nuevo para vivir en él»; y añade: «A los campos, a los bosques, y si es menester a las cuevas: allí, allí, es donde deben vivir los hombres con conciencia indomable, aunque sean satíricos y bachilleres»<sup>14</sup>. Esta visión satírica de la realidad de que se resentía Carnerero apuntaba realmente a un mundo nuevo, pero no a una concepción idealista. La sátira tiene en efecto una intención política. Refiriéndose posteriormente al *Pobrecito Hablador*, Larra pretendía que se viera en su revista satírica de costumbres la mayor rebelión posible contra el poder, atendidas las circunstancias del momento: «Cuando empecé la difícil carrera de escritor público, empecé con artículos de costumbres. Era a la sazón ministro Calomarde y todo el mundo sabe en qué términos y hasta dónde le era entonces lícito, posible al escritor rebelarse contra el poder, aludir a la injusticia (subrayamos nosotros). A poder de reticencias, haciendo concesiones, podía uno alguna vez ser atrevido; siempre que pude fui más que atrevido, fui temerario» (IV, 336a-336b). Ya no se trata de reformismo, sino de rebelión contra el poder mediante la sátira. El costumbrismo quiere ser una alusión a la injusticia.

## 2. Sátira y costumbrismo

Para Larra la sátira tenía en sí misma la capacidad de identificarse con el costumbrismo. Según A. S. Trueblood, «al articulista Larra sólo puede gustarle el costumbrismo si con el moderno cuadro de costumbres va asociada la tradición clásica de la sátira»<sup>15</sup> y hace observar que *Fígaro* considera la sátira clásica en verso como «verdadera composición poética de costumbres» (II, 238a). Según esto, las dos sátiras en tercetos incluidas en el *Pobrecito Hablador* no desdecían de una revista de costumbres. Lo que ocurre es que esta especie de sátiras, composiciones poéticas de cuño neoclásico, estaban ya a punto de periclitar. Larra las actualiza convirtiendo una sátira de Boileau en uno de los artículos más celebrados del *Pobrecito Hablador*, «El castellano viejo», así como luego, partiendo de una sátira de Horacio elabora «La Nochebuena de 1836». Larra consigue hacer de la sátira una literatura auténticamente moderna en la prosa de sus artículos<sup>16</sup>.

La capacidad satírica del costumbrismo es evidente. Quizá baste añadir cierta intención reprobatoria en los elementos que constituyen la fórmula del artículo de costumbres para que éste se convierta en sátira. Tanto la literatura de costumbres como la sátira tienen su razón de ser en lo inmediato. Aquí y ahora. El tema del costumbrismo es la realidad contemporánea: «el espectáculo de nuestras costumbres actuales», «las costumbres y usos actuales de nuestra Capital», «la impresión que en mí producen los objetos que me rodean», según explica Mesonero Romanos<sup>17</sup> refiriéndose a sus propios artículos. El costumbrista observa las costumbres de su tiempo y del país, de la región o de la ciudad en que vive; si alguna vez recuerda el pasado es para hacer resaltar el presente con el contraste, lo que va de ayer a hoy. En el *Pobrecito Hablador*, en cuanto «revista satírica de costumbres», el espectáculo de las costumbres actuales se presenta como denuncia. El satírico condena el aquí y el ahora: «To write good satire -dictamina un anatomista de la sátira, Gilbert Highet-, he (the satirist) must describe, decry, denounce the here and now»<sup>18</sup>. Fundamentalmente es la misma realidad que observa el costumbrista, pero con mirada censoria.

Tanto el costumbrista como el satírico pretenden abrir los ojos de sus contemporáneos para que descubran lo que tienen en torno y no ven a fuerza de *costumbre* o resignación. El costumbrismo exige, según M. Baquero Goyanes, una doble visión consistente en «percepción, por un lado, de lo más habitual y conocido, y por otro, visión nueva, enfoque nuevo, de esa conocida habitualidad». Y dictamina también: «El buen escritor costumbrista es aquel que enseña a mirar y a descubrir, el que es capaz de elevar a gracia literaria la menuda anécdota de cada día, la cotidiana trivialidad de los tipos y ambientes que nos rodean. Para conseguir esto, el articulista suele utilizar un efecto perspectivístico: el ofrecerlo por todos conocido bajo una nueva luz reveladora»<sup>19</sup>. Comparemos este perspectivismo costumbrista con el perspectivismo satírico: «The satirical writer -según G. Highet- believes that most people are purblind, insensitive, perhaps anaesthetized by custom and dullness and resignation. He wishes to make them see the truth -at least that part of the truth which they habituoslly ignore». La cuestión está en lo que esa nueva luz pretende revelar y el efecto que la revelación pretende provocar en los lectores. Mientras la actitud general de costumbrismo al uso es de benevolencia, el satírico intenta la provocación: «He intends to shock his readers. By

compelling them to look at a sight they had missed or shunned, he first makes them realize the truth, and then moves them to feelings of protest»<sup>20</sup>.

Se trata en último término de revelar una u otra perspectiva del mismo objeto, según la distinta motivación ética originadora del proceso literario. La dimensión satírica depende del empeño crítico que impulsa al escritor de costumbres a presentar este punto de vista nuevo, intensificado en el *Pobrecito Hablador* por la emoción personal de su propia *indignatio*. Por muy formalista que sea la sátira, el autor ha de asumir una personalidad individual -el «yo satírico»- en conflicto con la sociedad en torno. En los artículos del *Pobrecito Hablador*, el «yo satírico» se identifica con el personaje curioso y observador representado por el seudónimo y configurado conforme a los requisitos convencionales del artículo de costumbres. Su carácter depende del concepto que el costumbrista se forma sobre la realidad en que vive inmerso, de la emotividad originada por tal concepto y de la reacción que pretende suscitar consecuentemente en sus lectores. Como vemos, la sátira puede, en ciertos casos, adquirir la forma de un costumbrismo reforzado por sus motivaciones con un cierto grado de acrimonia.

Según esto, en el *Pobrecito Hablador* la interpretación moral se intensifica emocionalmente mediante la sátira, de manera que el estado presente de la sociedad se siente como preocupación. El costumbrismo de la revista de Larra adquiere la dimensión problemática propia de la literatura satírica y con ello el panorama de las costumbres -objeto propio de la literatura costumbrista- representa la expresión de problemas sociales inmediatos. Las costumbres -el aquí y el ahora- se ven como problema. La intención crítica del *Pobrecito Hablador* amplía de este modo su alcance a todo el sistema social y político del país y a sus causas históricas. Este proceso, determinado por la vivencia personal del escritor en función de lo colectivo, confiere a sus artículos una densidad literaria vigente en las sucesivas generaciones de lectores hasta nuestros días.

## IV. Genealogía satírica del «Pobrecito Hablador» △▽

△▽

### 1. De la sátira reformista a la sátira política

A finales de la ominosa década, el *Pobrecito Hablador* aparece con la mentalidad liberal que había ido formándose en España desde comienzos del siglo XIX, originada en la España Ilustrada del siglo anterior. En el siglo XVIII, el abolengo clasicista de la sátira autoriza su empleo conforme a las ideas de los ilustrados en función de preocupaciones reformistas propias de la época. La sátira cae dentro del concepto utilitario de la creación literaria. Según Cadalso, «las poesías heroicas y satíricas son las obras tal vez más útiles en la república literaria», y añade que la sátira sirve «para corregir las costumbres de nuestros contemporáneos»<sup>21</sup>.

Los tratadistas de la literatura, desde el Renacimiento, venían asignando esta función a la sátira con raigambre clásica. Es verdad que la sátira pudo escribirse como mero procedimiento retórico, agotando su valor en sí misma. Pero en el siglo XVIII, para la mentalidad de los ilustrados, la función teórica de la sátira -corregir las costumbres de los contemporáneos- no podía ser sólo retórica. Era una tarea urgente que había que llevar a la práctica, y la sátira, por su naturaleza, se concebía como uno de los instrumentos adecuados que podía proporcionar la literatura. Para este fin la utilizan los redactores de aquellas revistas que hemos considerado como antecedentes de la de Larra. Cañuelo adopta como Censor la misión clásica propia del satírico: «Censurar los vicios, respetando las personas». Sus «censuras y sátiras» asumen la indignación como origen y la utilidad como fin: «su publicación... además del desahogo que dará a mi humor bilioso, me persuado que podrá ser de alguna utilidad». La *indignatio juvenalesca* (el «desahogo de la bilis» en el *Censor*) y el *utile dulci* horaciano sirven al concepto funcional de la literatura. El *Censor* pretende con sus sátiras «hacer una cosa útil, o que al menos divierta a mis compatriotas». La sátira se apoya en una afirmación de patriotismo: «se necesita una firmeza de alma poco común, y un fondo de patriotismo inagotable para atreverse a decir a la propia nación, y viviendo en su seno, verdades amargas...»<sup>22</sup>.

Los mismos principios adopta el *Pobrecito Hablador* (I, 71): «la sátira de los vicios, de las ridiculeces y de las cosas», respetando a las personas («nuestra sátira no será nunca personal»), considerándola útil y agradable («útil, necesaria, y sobre todo muy divertida»). Repite los conceptos del *Censor* sobre el patriotismo y la amargura de la sátira: «el deseo de contribuir al bien de nuestra patria nos ha movido a decir cosas amargas» (I, 149a). Larra se incorpora a esta tradición de la literatura satírica para expresar sus propias preocupaciones dentro de la situación social en que vive, su propia *indignatio*. La sátira, para él, no es sólo útil, sino también necesaria. La utilidad viene ahora reforzada por la exigencia.

Al *Duende satírico del día* ya habían llegado resonancias textuales, aunque veladas, de una sátira mucho más comprometida que había ido surgiendo clandestinamente a finales del siglo anterior en forma de panfleto manuscrito, provocando persecuciones de la Inquisición y de las autoridades civiles. Las circunstancias históricas del país habían llevado la sátira más allá del recinto puramente social para alcanzar también lo político. El ejemplo más característico por su difusión es la falsa oración apologética *Pan y toros* con su desgarrado sarcasmo contra las instituciones y valores tradicionales, atribuida apócrifamente (por lo menos desde los primeros textos impresos en 1812) a Jovellanos «por la malicia de algunos de sus enemigos con el designio de perderle», según su amigo Carlos Posada<sup>23</sup>. Es precisamente de este panfleto de donde Larra extrae el texto citado al final del artículo «Corridas de toros», velada la cita con una vaga atribución a Jovellanos, pero sin indicar la procedencia (I, 30b). A finales del siglo XVIII esta sátira clandestina representa una actitud nueva que se difunde sobre todo en los círculos universitarios. Ahora lo amargo de la repulsa rompe la contenida moderación de los ilustrados y el equilibrio expresivo neoclásico. Sale a la superficie a principios del XIX con la libertad de imprenta y en plena ominosa década, en 1828, se infiltra significativamente en el *Duende* de Larra.

Con sus numerosas reimpressiones durante las dos épocas iniciales del liberalismo, *Pan y toros* se une a la inundación de sátira política. Recordemos en el primer período

el *Diccionario crítico-burlesco*, de Gallardo. Del segundo, las cartas del *Pobrecito Holgazán* son ya un precedente inmediato de las del *Pobrecito Hablador*.

## 2. Las cartas del Pobrecito Holgazán y del Pobrecito Hablador △▽

Las cartas eran una forma de expresión literaria muy difundida en el siglo XVIII como medio de expresión crítica. Cadalso, en la introducción de sus *Cartas marruecas*, dice que el interés actual por la crítica de las naciones europeas ha sido favorecido por las ventajas que proporciona el método epistolar: «hace su lectura más cómoda, su distribución más fácil, y su estilo más ameno»<sup>24</sup>. Las ventajas indicadas por Cadalso hacían el género muy apropiado para la literatura de los periódicos, en los cuales se pretendía también tratar del carácter nacional de una manera fácil y amena. Desde su origen en Inglaterra, el ensayismo periodístico hace de la carta un procedimiento muy socorrido y fue muy utilizado por el costumbrismo. Muchos de los artículos de los escritores que C. M. Montgomery<sup>25</sup> llama «Early costumbrista writers», en España hasta 1830, son cartas.

En el siglo XIX, cuando aparece la política en los periódicos, especialmente en el trienio liberal, las cartas acogieron los nuevos temas de actualidad. El periodismo político dio nuevo vigor a la forma epistolar. Las *Lettres au rédacteur du Censeur* (1819-1920), de Paul-Louis Courier, en Francia, y los *Lamentos políticos de un Pobrecito Holgazán* (1820), de Sebastián Miñano y Bedoya, en España, nos aproximan a Larra.

La influencia de uno y otro en Larra ha sido indicada repetidamente, aunque nadie, hasta ahora, la haya estudiado. La presencia de Courier en la obra periodística de Larra debió ser más tardía, a partir de las cartas políticas que empezó a publicar en el año 1834 con el seudónimo de *Fíguro*<sup>26</sup>. Las cartas del *Pobrecito Hablador* están más cerca de las del *Pobrecito Holgazán*. Con razón pensaba Eugenio de Ochoa que en los opúsculos de Miñano «siempre habrá que reconocer el mérito de haber abierto en nuestros días la senda que luego han recorrido con tanto lucimiento, entre otros, el inolvidable *Fíguro*, el Estudiante y Fray Gerundio»<sup>27</sup>.

Aunque las cartas de Miñano tengan elementos costumbristas y algunos autores las hayan considerado artículos de costumbres, los críticos que han estudiado más de cerca la historia del género las excluyen del costumbrismo para incluirlas en la sátira política: «no son estudios de costumbres, sino artículos de política», dice Lomba y Pedraja<sup>28</sup>. Y C. M. Montgomery, en el estudio citado, observa: «Although more connected and homogeneous than most similar papers, and giving the impression of a series of gossip letters with characters and realistic scenes, these papers are not strictly speaking *costumbrista* essays, but rather political satire and social documents of a general nature»<sup>29</sup>. Veamos cómo las mismas características que Montgomery atribuye a las cartas del *Holgazán* aparecen en las del *Hablador*.

También son «gossipy letters». Precisamente es en las cartas donde parece más apropiado el seudónimo de *Hablador* y donde el estilo refleja el carácter de maliciosas «habladurías» que el autor atribuye a sus artículos. Andrés Niporesas, en su última carta al Bachiller, le recomienda irónicamente que deje de hacer lo que en realidad constituye la estructura con que se redactan las cartas a base de murmuración: «Déjate... ya de habladurías ... escribe sólo de aquí en adelante cartas simples y serias de familia ... donde cuenten hechos, sin reflexiones, comentarios sin moralejas, y en las cuales nadie pueda encontrar una palabra maliciosa, ni un reproche que echarse a la cara, sino la sencilla relación de las cosas que natural y diariamente en las Batuecas acontecen» (I, 151b).

A pesar de estas «habladurías» sobre tipos y costumbres, ya hemos dicho que, estrictamente hablando, tampoco las cartas del *Pobrecito Hablador* son artículos de costumbres según la fórmula consagrada por Jouy y Mesonero Romanos. Su intención - también lo hemos indicado- apunta hacia la sátira política, aunque, dadas las circunstancias, no podía aparecer tan explícita como en su predecesor. Según I. Sánchez Estevan, en el *Pobrecito Hablador* «la política sólo apunta en las celeberrimas cartas de Andrés Niporesas al Bachiller con más aspecto social que político propiamente»<sup>30</sup>. Tengamos en cuenta que en los artículos de Larra hay una constante fusión de lo social con lo político y que si en la época de Calomarde llega a apuntar la política en estas cartas, ya era mucho. Mesonero Romanos -siempre interesado en disminuir la temprana dedicación costumbrista de Larra- sólo atiende al aspecto político en la sátira del *Pobrecito Hablador* cuando, reseñando la obra de los escritores madrileños en su *Nuevo manual de Madrid*, dice de nuestro autor que después de darse a conocer con el *Duende Satírico*, «escribió en forma de cartas el *Pobrecito Hablador*, que atendida la época de su publicación (1832), llamaron la atención por su gracia y osadía contra la política dominante en aquella época»<sup>31</sup>. Recordemos que el mismo Larra pretendía que se viera en su revista la mayor rebelión posible contra el poder.

La ficción que sirve de artificio para entablar la correspondencia es el mismo en ambos casos. Uno de los corresponsales escribe desde la Corte (el *Pobrecito Holgazán* y Andrés Niporesas) y el otro desde provincias (don Servando Mazorra o Mazculla y el *Pobrecito Hablador*, éste nada menos que desde las Batuecas). Los amigos se cuentan chismes y habladurías de lo que pasa por donde ellos viven; hacen reflexiones sobre la situación, hablan de la familia y los amigos, todo con un aire caricaturesco y con el fin de satirizar la sociedad y las gentes del régimen absolutista. El procedimiento satírico de estas habladurías epistolares es la ironía. Los corresponsales expresan ideas y convicciones que el autor quiere ridiculizar, pero mientras que los personajes de Miñano se supone que hablan en serio y por tanto aparecen como ridículos representantes del antiguo régimen, satirizados ellos mismos por sus mismas palabras, el Bachiller y Andrés Niporesas asumen por su cuenta la intención irónico-satírica del autor; como representantes suyos afirman maliciosamente lo que intentan ridiculizar, desempeñando el papel de satírico que les asigna su autor.

Miñano y Larra escriben sus sátiras en circunstancias políticas completamente diferentes. En 1832, el antiguo régimen es la situación presente, mientras que en 1820 era un pasado muy próximo, pero pasado. Para reconstruir exactamente el método de Miñano, Larra había de esperar a que cambiaran las circunstancias políticas. Unos días antes de que Martínez de la Rosa se encargue del Gobierno, en el número de la *Revista Española* del 5 de enero de 1834, publica *Fígaro* un artículo, «La educación de

entonces», en que en forma dialogada reproduce el intercambio de lamentos que en sus cartas habían expresado los correspondientes de Miñano sobre los males de las innovaciones, y de los tiempos modernos (I, 331-333).

El *Pobrecito Hablador* adapta el método a sus propias circunstancias. En 1820, apenas inaugurado el régimen liberal, el *Pobrecito Holgazán* se lamenta: «Ahora todo es baraúnda, y confusión, y gritos, y alborotos por esas calles; cada día sale un periódico nuevo con diferente título, no parece que tenían bastante con los antiguos»<sup>32</sup>. Veamos ahora cómo, con palabras muy parecidas, un batueco, amigo del *Pobrecito Hablador*, se lamenta en el régimen absoluto de la misma confusión de papeles que sufren -claro- otros países: «-¿Pues no da lástima -me decía otro batueco días atrás- ver la confusión de papeles que se cruzan y se atropellan por todas partes en esos países cultos que se llaman? ¡Válgame Dios! ¡Qué flujo de hablar y qué caos de palabras y qué plaga de papeles, y qué turbulencia de libros!» En las Batuecas, en cambio, no hay cuidado; haz paz y orden: «A bien, Andrés mío, no pecamos de ese exceso (de emborronar papel). Y torna los ojos a mirar en derredor nuestro, y mira si no estamos en una balsa de aceite. ¡Oh feliz moderación! ¡Oh ingenios limpios los que no tienen nada que enseñar! ¡Oh entendimientos claros los que no tienen nada que aprender! ¡Oh felices aquellos, y mil veces felices, que todo lo saben ya, o todo se lo quieren ignorar todavía!» (I, 80b).

Frente a esta edad de oro del absolutismo, el desorden de que se lamentaba el *Pobrecito Holgazán* era la convulsión presente de valores producida por el liberalismo y la Constitución: «¿Con que ya tenemos Constitución? ¡Qué escándalo! ¡Qué horror, qué desvergüenza! ¿Quién pudiera pensar que al cabo de tantos años como están trabajando los hombres más doctos y más respetables por desterrar semejante nombre, había de llegar un día en que no sólo se oyese sin estremecernos, sino que se proclamase, se ensalzase y aun por decirlo así, se divinizase?»<sup>33</sup>. Frente a los lamentos por los trastornos que produce la ilustración, en Miñano, los elogios del oscurantismo, en Larra. Precisamente en un momento en que el Gobierno tenía cerradas las Universidades, podía parecer temerario alabar la «feliz ignorancia» de las Batuecas al concluir el Bachiller su primera carta, en un párrafo que a C. Seco Serrano le sugiere la sensación de estar leyendo una glosa irónica de la famosa frase de la Universidad de Cervera: «Lejos de nosotros la nefasta manía de pensar»<sup>34</sup>.

Miñano había basado su abierta sátira política en la representación de tipos característicos de las ideas anticonstitucionales, ofreciendo así una caracterización social como base de sus temas propiamente políticos. Es precisamente esta galería de tipos lo que más aproxima las cartas del *Pobrecito Holgazán* al género costumbrista. Y es precisamente este material costumbrista el que podía aprovechar el *Pobrecito Hablador* para que el aspecto social de sus cartas hiciera apuntar en ellas lo político mediante reticencias y concesiones, lagunas y paliativos, según el mismo Larra caracteriza su técnica alusiva (IV, 336 b y I, 147 b).

El *Holgazán* nos presenta caricaturas de sus paisanos, como el *Hablador* lo hace de los suyos, los batuecos. En ambas correspondencias se dan noticias de los familiares:

«Antoñito -le escribe Andrés Niporesas al Bachiller- está de enhorabuena: le concedieron la gracia de capitán con sueldo y todo, por los méritos de su padre, que ya hace lo menos cuatro años que está sirviendo a S. M. con cuarenta mil reales: con estos méritos le han hecho esta gracia al niño. Me alegrará que le vieras tan mono como está

con sus dos charreteritas y su espadita, que parece un juguete. ¿Qué quieres? ¡En esa edad! ¡Ocho años!» (I, 130a).

No podemos menos de asociar estas noticias de Antoñito con lo que el *Pobrecito Holgazán* había contado de sí mismo, de cuando tenía la misma edad que Antoñito, también con dos charreteras por los méritos contraídos por su madre sirviendo a la reina:

«Porque ha de saber Vd. que todavía no había cumplido nueve años, cuando me veía ya con dos charretas en los hombros y mi despacho corriente, por los muchísimos méritos que había contraído mi madre siendo *Señora de Honor*»<sup>35</sup>.

Antoñito, con sus gracias, es la delicia de sus padres: «Ya puede un criado no servirle pronto; le da un palo, lo cual nos hace mucha gracia a todos, y nunca se olvida de decirle que tiene no sé yo cuántos miles de reales de sueldo. Su madre se lo come a besos. Es de advertir que el señor capitán está ya en medianos y muy adelantado en la gramática, de donde inferimos que ha de ser un gran militar.»

La misma gracia hace un niño, todo un beneficiado, de que habla el *Pobrecito Holgazán*. Como Antoñito, también él gana sus buenos miles de reales mientras estudia gramática: Si el capitán de ocho años está muy mono con sus charreteritas, el beneficiado de siete u ocho no lo está menos con su coronita. También sus padres se lo comen a besos: «hace más gracia ver a un angelito de siete u ocho años con su coronita y su vestidito negro, saberse ya ganar cuarenta o cincuenta mil reales mientras empieza la gramática. ¡Ay, si yo pudiera ver a mi Rupertito incorporado a esta carrera, sería capaz de comérmelo a besos, y lo mismo me dice su madre cuando hablamos de estas cosas»<sup>36</sup>.

La relación entre el *Pobrecito Holgazán* y el *Pobrecito Hablador*, indicada por la semejanza de los seudónimos y por la aproximación de los rasgos característicos de la sátira política y social tal como se manifiestan en las respectivas correspondencias, creemos que queda bien confirmada con la aproximación de los pasajes comparados. La filiación es tanto más significativa en cuanto que manifiesta, bajo el absolutismo de Fernando VII, una alusión a la literatura satírica de carácter político y de signo liberal, floreciente durante el trienio de 1820 y 1823 y ahora proscrita. La referencia entrañaba, por tanto, una profesión de fe, enraizando la obra de Larra en la tradición de la España liberal<sup>37</sup>.

## V. El funcionamiento de la sátira en el «Pobrecito Hablador» △▽

# 1. La sátira como sinécdoque



En un régimen absolutista o totalitario, la «sátira de los vicios, de las ridiculeces, de las cosas» (propósito declarado del *Pobrecito Hablador*) se convierte absolutamente en un ataque implícito a la totalidad del sistema sin restricción alguna. La sátira se hace total. Cuanto menos se tolera la disensión, más extienden su alcance las aplicaciones de la crítica y aumenta su contenido implícito<sup>38</sup>. Estas circunstancias hacen que la crítica diga más de lo que dice, proporcionándole al autor la reticencia que impone la naturaleza de las cosas. Aprovechando, en efecto, esta reticencia, concluye Larra su revista: «Mucho nos falta, efectivamente, que decir, pero acabamos de entrar en cuenta con nosotros mismos, y hecha abstracción de lo que no se debe, de lo que no se quiere, o de lo que no se puede decir, que para nosotros es lo más, podemos asegurar a nuestros lectores que dejamos el puesto humildemente a quien quiere iluminar la parte del cuadro que nuestro pincel ha dejado oscura» (I, 147a).

De ahí que el poder de sinécdoque, propio de la sátira, quede reforzado. Según explica Robert C. Elliott, en su obra *The Power of Satire*, «an attack by a powerful satirist on a local phenomenon seems to be capable of indefinite extension in the reader's mind into an attack on the whole structure of which that phenomenon is part»<sup>39</sup>. Según esto, por más que el satírico alegue que no intenta atacar las instituciones, las instituciones mismas quedan comprometidas. Cuando el *Pobrecito Hablador* siente la necesidad, para protegerse, de insistir en que no pretende inculpar al gobierno, sino sólo apuntar los abusos, levantar «la voz contra los vicios y el desorden»,

«cuando la autoridad protege abiertamente la virtud y el orden» (I, 130a, n. 1), la misma insistencia se convierte para el malicioso lector en una invitación a leer entre líneas, completando las reticencias y saltando las concesiones y paliativos que el autor tuvo que usar para ser atrevido y hasta temerario, según sabemos por el texto de *Fíguro* antes citado.

El resultado total es lo que a la consideración de un historiador de nuestros días, Rafael Seco Serrano, parece «un acta acusatoria contra la situación social y el sistema político que (el régimen fernandino) representaba»<sup>40</sup>. Y en realidad es este efecto totalizador lo que Larra pretende implicar en su sátira. Hemos visto que para Larra la sátira no sólo era útil, sino también necesaria. Es la necesidad de poner en evidencia el sistema establecido. Esta es la intención satírica del *Pobrecito Hablador*: «rebelarse contra el poder, aludir a la injusticia».

Según Larra, «Calomarde fue el prototipo del sistema que podríamos llamar de los apagadores políticos, pues que sólo tendía a sofocar la inteligencia, la ciencia, las artes, cuanto constituye la esperanza del género humano. Él cerró las Universidades y abrió en cambio una escuela de tauromaquia, sangrienta burla, insolente sarcasmo político que caracteriza él todo un sistema» (II, 330b). A todo este sistema alude, por ejemplo, la maliciosa ingenuidad de la pregunta que hace el Bachiller en su primera carta a Andrés Niporesas: «¿No se lee en este país porque no se escribe, o no se escribe porque no se lee?» (I, 80a). Al ridiculizar aspectos parciales del estado presente de la sociedad se alude en realidad a lo prototípico. La sátira pretende abrir los ojos de los españoles sobre el «sarcasmo político que caracteriza él solo todo un sistema» (subrayamos nosotros). Ante esta situación, ¿con qué recurso literario se podía reaccionar mejor ante el sarcasmo político que con la sátira?

Veamos cómo funciona este procedimiento totalizador de la sátira. En la primera «Carta a Andrés escrita desde las Batuecas por el *Pobrecito Hablador*», para mitigar la violencia de la sátira originada en torno a la famosa pregunta citada, con que se alude al oscurantismo prototípico del régimen, Larra pone una nota explicativa a pie de página que empieza así: «No comprendemos en estas proposiciones generales tal cual joven aplicado, tal cual poeta original, tal cual hombre de nota (subrayado por el autor) que se esfuerzan en salir del común oprobio que nos alcanza, descollando entre el general abatimiento y luciendo como menuda luciérnaga entre las tinieblas de oscura noche. ¿Qué significan estas cuantas excepciones? Por mucho favor que les haga tal conducta, y por muchos elogios que merezcan, no basta su número tan corto para destruir la triste verdad general, que de medio a medio nos acoge y nos abruma» (I, 83b, n. 1). Este primer párrafo de la nota le sirve al autor para explicar en serio, pero como quien no quiere la cosa, las preocupaciones que han motivado su sátira. Dejando a un lado las chanzas de la carta, nos da la clave de las mismas. La intención real de la sátira es poner en evidencia lo que él considera *el común oprobio, el general abatimiento*: el que las luces no sean más que luciérnagas en el oscurantismo total; en definitiva, «la triste verdad general que de medio a medio nos coge y nos abruma». En función de la sinécdoque satírica, el aspecto que se satiriza -el abatimiento de la literatura- se toma por el todo -*el general abatimiento*- del que dicho aspecto forma parte. Lo que al principio de la nota parece ser una precavida advertencia para que nadie en particular se dé por aludido, resulta en una acusación de la que no se salva nadie: a todos coge de medio a medio. El *nosotros* no es aquí una mera fórmula del plural de modestia. Calomarde era el prototipo de un sistema del que todos los españoles oprimidos por él formaban parte, inmersos en él y comprometidos con él. La verdad general por la que Larra se sentía abrumado era un oprobio, pero un oprobio común. Al fin y al cabo la densidad de la sátira de Larra se logra por una preocupada vivencia de lo que satiriza. En sus artículos sentimos todavía hoy la participación afectiva del autor en el objeto de su sátira referida a las costumbres de su tiempo: formas de vida representativas de toda una situación social y de todo un sistema político por el que se siente abrumado y en cuyo ámbito empeña su propia existencia. En el *Pobrecito Hablador* las costumbres satirizadas representan esa totalidad.

## 2. Concesiones y paliativos irónicos



Recordemos las palabras de Larra en la «Conclusión» del *Pobrecito Hablador*: «Considera... el juicioso lector que, contra todo nuestro gusto, hemos echado diez meses en verter media docena de ideas, que acaso en horas habíamos concebido, y todo para decirlas, a fuerza de lagunas y paliativos, de la ridícula y única manera que las pudieran oír los mismos que no quieren entenderlas» (I, 147b). Y las de dos años después: «A poder de reticencias, haciendo concesiones, podía uno alguna vez ser atrevido; siempre que pude fui más que atrevido, fui temerario» (IV, 336b). Y en efecto, tras la exposición tan desoladora sobre el estado general del país, totalmente implicada en el alcance de la sátira, no podía menos de recurrir al poder y a la fuerza de paliativos y concesiones, con la seguridad de que el poder y la fuerza de la realidad había de infundirles el equívoco de la reticencia irónica: «Ni menos tratamos de olvidar en nuestros folletos los elogios y agradecimientos que merece de nuestra parte el ilustrado Gobierno que nos rige, y que tanto impulso da al adelanto de la prosperidad y de la ilustración». Así prosigue la nota

a que nos hemos referido en el apartado anterior. La ironía suena a sarcasmo si tenemos en cuenta que cuando Larra escribe estos paliativos y concesiones, en septiembre de 1832, hacía dos años que el «ilustrado Gobierno» tenía cerradas las Universidades.

Continúa dando explicaciones: «bien clara se manifiesta nuestra intención de cooperar a su misma benéfica idea con nuestros débiles conatos». De lo cual se desprende la verdadera intención del *Hablador*: cooperar a la benéfica idea de la ilustración para cuyo adelanto el Gobierno no sólo no hacía nada, sino que ponía evidentes obstáculos. (Bien sabemos lo que verdaderamente pensaba Larra de este Gobierno «prototipo del sistema que podríamos llamar de los apagadores políticos, pues que no sólo tendía a sofocar la inteligencia, la ciencia, las artes, cuanto constituye la esperanza del género humano».)

Termina la nota que estamos comentando: «¿Pero acaso puede enderezarse en un día el vicio de tantos años y aun siglos? ¿Puede ser dado a la penetración, ni a la fuerza del mejor Gobierno, romper tan pronto, ni desvanecer del todo tantos obstáculos como oponen la educación descuidada, las ideas viciadas, y un sinnúmero, en fin, de circunstancias que no son de nuestra inspección, y que gravitan en nuestro mal? Luengos remedios necesitarán acaso tan largos males. Esperemos que algún día veremos triunfar sus esfuerzos, y cooperemos todos en el ínterin con los nuestros.» Al buen entendedor le bastaban estas pocas palabras para convertir el elogio en censura por muy poco que se dejara agujonear por la reticencia. Ahí estaban presentes, bien arraigadas, «la educación descuidada, las ideas viciadas» y tantas cosas de las que más valía no hablar, los cimientos de la formidable pared contra la que Larra se sentía tropezar por cualquier lado que se volviera. Tenía razón: el sistema actual era el resultado del «vicio de tantos años y aun siglos». Eran los fundamentos sobre los que se mantenía el régimen (el «antiguo régimen») absoluto de Fernando VII. A ello quería aludir con el epígrafe de esta primera carta, extraído de los *Apuntes sobre el bien y el mal de este país*, de M. A. Gándara, un texto procedente de la España ilustrada del siglo XVIII: «Rómpanse las cadenas que embarazan los progresos: repruébense los estorbos, quítense los grillos que han fabricado los yerros de dos siglos...» (I, 80)<sup>41</sup>. (El *Pobrecito Hablador*, buen heredero del pensamiento de los ilustrados españoles, mantiene el concepto de los dos siglos de decadencia, por ellos acuñado. Eran los grillos que encadenaban esa «masa, esa inmensa mayoría que se sentó hace tres siglos» (*loc. cit.*). La diferencia entre dos y tres siglos de decadencia depende, claro está, de la época en que escribe el autor. Al menos desde Quintana ya eran tres los siglos.)

También sabía muy bien Larra lo que decía al preguntarse retóricamente si podía el mejor gobierno (cuánto menos éste, paradigma de los «apagadores políticos») remover los obstáculos acumulados durante siglos. A los dos años de esta carta satírica, pocos días después de haberse proclamado el *Estatuto Real*, ha de exclamar *Fígaro*, ya sin ironías: «¡Qué después de tantos años de gobierno inquisitorial! Después de tan larga esclavitud es difícil saber ser libre... Y las costumbres no se varían en un día, desgraciadamente, ni con un decreto, y más desgraciadamente aún, un pueblo no es verdaderamente libre mientras que la libertad no está arraigada en sus costumbres e identificada con ellas»<sup>42</sup>.

## Final: La literatura como insurrección △

Parece como si Larra, al concluir su revista, se sintiera derrotado: «Ya en otra parte dijimos que dondequiera que volvemos los pasos, encontramos una pared insuperable, pared que fuera locura pretender derribar» (I, 148a). Pero aún mira con esperanza hacia el futuro cuando se dirige a «aquellos que, como nosotros, creen que los españoles son capaces de hacer lo que hacen los demás hombres»; a aquellos que «están seguros de que nuestro bienestar y nuestra representación política no ha de depender de ningún talismán celeste, sino que ha de nacer, si nace algún día, de tejas abajo, y de nosotros mismos» (I, 148a-b).

En cuanto creación literaria, el *Pobrecito Hablador* es la expresión de una sentida disconformidad. No la típica desilusión idealista del romántico, la rebelión de la intimidad en busca de un ideal inalcanzable y desconocido. Nace de la voluntad literaria de expresar el desacuerdo con la España en que el autor vive inmerso, con sus deficiencias y sus raíces históricas, entrañando en la sátira el anhelo de cambiar el sistema y de mejorar la realidad en torno, según un concepto del hombre y de la sociedad definido históricamente por el pensamiento liberal y las aspiraciones de la revolución burguesa.

Es ya un concepto moderno de la literatura. Con su revista Larra asume lo que para muchos escritores hasta hoy día -con perspectivas históricas diferentes- ha de ser la función del quehacer literario: «la literatura es una forma de insurrección permanente», ha dicho un joven escritor actual, Mario Vargas Llosa<sup>43</sup>. Advierte que no hay más remedio: la sociedad «elimina una vez por todas ese perturbador social que es el escritor, o admite la literatura en su seno y en ese caso no tiene más remedio que aceptar un perpetuo torrente de agresiones, de ironías, de sátiras que irán de lo adjetivo a lo esencial, de lo pasajero a lo permanente, del vértice a la base de la pirámide social».

Al leer esta proclama que el novelista peruano dirige en 1967 a las sociedades de su continente, se nos ocurre pensar en la rebelión contra el poder y la alusión a la injusticia que el escritor español intentaba expresar con sus propias agresiones, ironías y sátiras, dirigidas a la sociedad de su península en 1832. Según Vargas Llosa, la misión del escritor es «estimular sin tregua la voluntad de cambio y mejora, aun cuando para ello deba emplear las armas más hirientes y nocivas». Y añade: «Es preciso que todos lo comprendan de una vez: mientras más duros y terribles sean los escritos de un autor contra su país, más intensa será la pasión que lo una a él.» Palabras que con un intervalo de ciento treinta y tantos años se superponen en nuestro ánimo con las que escribió Larra en la «Conclusión» de su revista para dar la clave de su supuesta «propensión a maldecir de nuestras cosas» y para proclamar «la verdadera profesión de fe de nuestro patriotismo» (I, 148b). Larra emplea las armas hirientes de la sátira con voluntad de cambio y de mejora: «Deseamos lo bueno y ... por eso criticamos lo malo» (I, 149a). Sus verdades amargas sobre la realidad presente del país nos dicen la intensa pasión que lo unen a él. En la sátira del *Pobrecito Hablador*, con todo su sarcasmo, sentimos a lo vivo la protesta de la España joven oprimida por la vieja España. Comprendemos que su literatura quiera ser insurrección.

*Department of Italian and Hispanic Studies, University of Toronto, Toronto 181,  
Canadá.*

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la  
[Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite  
el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

